

Alimento Espiritual

**LOS BOCADOS
DE LA
MESA DEL REY**

Tomo II

Ediciones Tesoros Cristianos

INDICE

1. ¡No se escandalice con el Señor!.....3

T. Austin Sparks

2. El arnés del Señor.....14

Bill Britton

3. El poder de la presión.....22

Watchman Nee

¡NO SE ESCANDALICE CON EL SEÑOR!

"Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí... Estas cosas os he hablado, para que en mí no tengáis tropiezo" (Mt. 11:6, Jn. 16:1).

Uno de los mayores peligros de la vida cristiana se esconde en el sencillo camino del discipulado: Es el peligro de escandalizarse con Cristo. La comunión a la cual el evangelio nos convoca inevitablemente trae un constante, nuevo y humillante descubrimiento del yo, una inevitable perturbación del orden establecido en nuestra vida, puesto que la voluntad del Señor va a corregir y oponerse a la nuestra, y habrá un esfuerzo incesante para alcanzar el ideal, esto es, hacer que nuestra vida como seguidores corresponda, de forma creciente, a la suya como precursor.

Y el peligro está en que somos capaces de reprobarnos la prueba y el entrenamiento de todo eso, de volvernos atrás y no caminar más con Él, de llegar a escandalizarnos de Él. Siempre es posible, aun a pesar de la confesión sincera del alma, que aquello que Dios entiende por bendición se transforme en una enfermedad para nosotros, debido a nuestras interpretaciones equivocadas. Es siempre peligrosamente posible que la luz de hoy se convierta en profundas e impenetrables tinieblas mañana, por causa de nuestra falla en obedecerle y mantenernos caminando con El, sea por nuestro atraso o el desvío de la dirección constreñidora de la comunión con Cristo. Los hombres, en este sentido, se ponen inconsciente e imperceptiblemente muy lejos de los límites de las influencias comunes de Cristo y se tornan, tal co-

mo las inestabilidades del mar, en ocasiones de peligro y desastre para otras incontables vidas.

Pero Cristo, con aquella absoluta franqueza que es gran parte de su actividad con los hombres, no puede ser acusado por esas lamentables deficiencias. Porque Él nunca ocultó que existía la posibilidad no premeditada de ofendernos con Él. En su evangelio, Él une las bienvenidas con la advertencia, como nadie lo hizo jamás. Su Palabra, mientras abre el corazón de Dios para nuestra percepción, abre también nuestro propio corazón para nosotros. Por medio de Él conocemos al Padre y nos conocemos a nosotros mismos. Él nos revela la total fidelidad de Dios, pero revela también la inestabilidad de nuestra propia voluntad y lo indignas de confianza que son nuestras propias emociones. Él no nos trata como a hombres perfectos, sino como a hombres reales, y nos advierte respecto de la mortandad que en medio del día destruye y de la pestilencia que anda en la oscuridad (Sal. 91:6). Es por eso que a los más serios y a los que se juzgan a sí mismos Él dice: *"Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí"*. La implicación es obvia y amenazadora, pero la realidad y la riqueza de Su gracia es la respuesta suficiente y tranquilizadora para cada uno de nuestros temores. La bienaventuranza de no escandalizarse, pese a todo el peligro exterior y a la debilidad interior, está al alcance de cada uno. Y es bienaventuranza de verdad.

Sin embargo, es necesario recordar el significado de la palabra escandalizar. En su forma original, tiene la idea de "capacidad de provocar tropiezo", de modo que podemos traducir y ampliar esa palabra de Cristo así: *"Bienaventurado es aquel que no halla en mí ningún motivo de tropiezo; que puede mantener los pies en mis caminos; que no resbala por cualquier obstáculo en el camino por el cual lo he conducido"*. Él usa la palabra en ese sentido muy frecuentemente como, por ejemplo, cuando dice que la mano o el ojo puede ser un motivo de tropiezo para un hombre; cuando denuncia a aquellos que causan tropiezos en los pequeños y cuando declara que en el día de Su gloria todas las cosas que causan tropiezo serán quitadas de Su reino (Mt. 5:29-30; 18:6; 13:41).

Pero Él nunca hace uso de esta palabra de modo tan sorprendente como al declarar la posibilidad de que los hombres hallen en Él causa de tropiezo. Estamos preparados para encontrar eso en el mundo, en la oposición del diablo, en la probada insinceridad de los demás - pero ¿en Él? ¡Esta es, sin duda, la más ofensiva de todas sus advertencias!

Porque en Él encontramos vida y salvación, liderazgo y paz, inspiración y satisfacción. Sólo pensar en que sea posible hallar en Él motivo de ofensa casi nos confunde. Si esa palabra se aplicase a las gentes del mundo, provocaría una pequeña o ninguna sorpresa. Por ejemplo: No nos sorprende mucho el hecho de que Él haya sido tratado de modo tan desdeñoso por aquellos que le conocían muy bien y que decían: "*¿No es éste el hijo del carpintero?*" (Mt. 13:55). Ni nos sorprende totalmente descubrir que los fariseos se ofendieran en Él cuando les habló de los malos pensamientos, adulterios, homicidios y cosas semejantes que proceden del corazón de los hombres (15:12-20), pues sus palabras los convencieron de pecado. No nos sorprende mucho el hecho de que Él viniera a ser una roca de tropiezo para aquellos que son abiertamente desobedientes a sus órdenes (1 P. 2:8). Pero que sus propios amigos, aquellos que realmente le conocen y fueron admitidos en la intimidad de la comunión con Él, puedan hallar en Él alguna causa de tropiezo, escándalo u ofensa es muy, pero muy extraño. El misterio mismo que encierra todo eso es una advertencia para que estemos precavidos.

¡Qué prueba para un hombre como ese!

La primera de esas advertencias nos da la clave para su significado. Juan el Bautista estaba confinado en la prisión, a orillas del Mar Muerto, como resultado de haber vivido una vida de la mayor fidelidad. Él había sido totalmente leal a Cristo, admirable en determinación en cuanto a su misión, maravillosamente valiente en la proclamación del mensaje a él confiado, y, aún así, todo terminó en una prisión.

Parecía que su fe, su auto-restricción, su disposición para menguar a fin de que Cristo pudiese crecer no habían sido reconocidas, sino ignoradas. Su experiencia contradecía tan completamente la seguridad en Dios, que hacía fácil entender la perplejidad de su mente cuando envió a sus discípulos a Cristo con la dramática pregunta: "*¿Eres tú aquel que había de venir?*" (Mt. 11:3). Porque aquí está Alguien que explícitamente vino para libertar a los cautivos, pero aún así, no liberta al hombre que, más que ningún otro, parecía tener derecho a exigir algo de Él. Jesús proclamó su propia misión en términos de simpatía y amor por los abatidos de espíritu y, aún así, aquí está un hombre en esas condiciones a quien Él parece no notar.

¿Es de admirar que, al final, la duda había vencido a la fe, de modo que Juan el Bautista envió los mensajeros a Cristo, con la esperanza de que Él se declare de modo claro, y explique tal experiencia totalmente inexplicable y contradictoria a aquel que, por un precio muy alto para sí mismo, mantuvo una dedicada lealtad al Hijo de Dios? La única respuesta de Cristo a los mensajeros es una demostración de su poder soberano sobre las fuerzas del mal y de la muerte, una recomendación para que dijese a Juan lo que habían visto, y este mensaje que exige de su parte una esperanza nueva y triunfante: "Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí". Eso significa que en el camino de la bendición siempre será posible experimentar la providencia divina de ser probados. Su significado es que existe paz real sólo para el hombre que confía en Cristo aunque no tenga ayudas externas para la fe, que cree en Él cuando ve sólo la aparente negación de su confianza y que se afirma en su lealtad a Cristo sin tropezar cuando el trato de Cristo prueba su perseverancia al grado máximo.

La segunda de las palabras de Cristo que citamos al comienzo, nos ayuda a entender cómo su mensaje a Juan también se aplica a nosotros: "Estas cosas os he hablado, para que en mí no tengáis tropiezo". Ellas fueron pronunciadas en la víspera de Su partida, cuando las ardientes pruebas del discipulado estaban aún por ser experimentadas por sus seguidores. E indican que ellos necesitarían mantener el alma en las cosas que Él les habló con respecto a Su propósito y poder, si querían evitar el peligro del tropiezo y del alejamiento de Él. Porque ellos son constreñidos a entrar en experiencias de prueba y esfuerzo a medida que evidencien sus votos de consagración. "En aquellos días", dice Cristo, "sean verdaderos a aquella mejor experiencia que tuvieron de mí. Descansen en aquello que ningún hombre puede quitar de ustedes: El conocimiento personal que poseen de mi gracia. Apéguense a lo que les he hablado y mostrado. Sean leales a mí. Confíen totalmente en mí, a pesar de todo misterio inexplicable y de cualquier tribulación aparentemente innecesaria. Y así ustedes no tropezarán, sino que serán fortalecidos por esas mismas cosas que están dentro de mi voluntad".

Decir que Cristo no sólo domina a los hombres, sino que también los ilusiona, no significa que seamos desleales a Él. Mientras Él los bendice, también los confunde por ser Sus caminos y pensamientos tan incomparablemente más elevados que los nuestros. Él nos induce al amor y a la lealtad, pero también nos desorienta al punto de per-

turbarnos. Él ciertamente responde a las preguntas de nuestro corazón, pero al mismo tiempo despierta más preguntas de las que responde. Y, en la vida de todo aquel que realmente le sigue, siempre habrá, como hubo en Su propia vida, algún "¿por qué?" muy grande no respondido. Ninguno de nosotros jamás estará exento de la necesidad de adquirir por la fe y la paciencia la bienaventuranza de no escandalizarnos del Señor.

Imagine un ejemplo típico de escándalo. Normalmente no se trata de una apostasía abierta, de una renuncia fría a la verdad o de una negación amarga de la experiencia pasada. Al contrario, el escándalo comienza con el desengaño de alguna esperanza, la falla de una expectativa, al agotamiento de una oración no respondida, o el dolor del corazón que parece no obtener ninguna respuesta compasiva de Dios. Todo eso genera una desconfianza silenciosa e indestructible; y a medida que meditamos en ella, surge una sensación de injusticia, un sentimiento de no haber sido tratados de forma justa por Cristo, que crece y se transforma en un serio resentimiento. Hasta que, después de algún tiempo, Su yugo se torna cansador, y cuestionamos Su derecho de controlar nuestra vida. El fin de todo es un repudio secreto de su Señorío y una renuncia externa de todas las metas e intereses espirituales. Este es un caso típico de escándalo en Cristo. Y cuántos hay a nuestro alrededor cuya vida puede ser descrita así. Pequeños principios de desconfianza crecen hasta convertirse en los mayores desastres. Si dos líneas paralelas fueran continuadas hasta el infinito, nunca habría ninguna variación de distancia entre ellas. Pero deje que haya entre ellas una divergencia en algún punto del grosor de un cabello, entonces, cuanto ellas más avancen, más amplia se tornará la divergencia, hasta que las separará un universo de distancia. Así es con nuestra comunión con Cristo. La menor desconfianza o desobediencia se reviste con la potencialidad del infinito; y si ella no fuere descubierta y confrontada habrá fatalmente una eternidad de distancia entre el alma y el Salvador. Por lo tanto, si consideramos algunas de las inmutables certezas peligrosas del tropiezo en Cristo, podremos establecer también una nueva relación de confianza implícita con nuestro Señor y seremos salvos de este peligro amenazador. Y éste es, ciertamente, el propósito de Su palabra de advertencia.

La severidad de Sus exigencias

Cuando, en los primeros tiempos, fuimos a Cristo, el camino parecía cubierto de rosas y el aire impregnado de perfumes fragantes y suaves. Por algún tiempo, Cristo fue absolutamente franco con nosotros, al no esconder nada de las dificultades y conflictos que debemos soportar. Nuestra capacidad de entendimiento era tan limitada que sólo podíamos ver una cosa cada vez, y esa cosa era que Cristo llenaba todas nuestras necesidades de las que teníamos conciencia inmediata. Así marchamos al son de una alegre melodía con la cual nuestro corazón estaba afinado.

Pero, al poco tiempo descubrimos que las condiciones del compañerismo son severas. Por ejemplo: Vemos que una separación verdadera del mundo en espíritu y propósito es totalmente necesaria para mantener la comunión. Descubrimos que no podemos marchar al son de dos melodías al mismo tiempo ¡y las melodías del mundo son realmente seductoras! Aprendemos que no podemos marchar con Él y con la opinión popular al mismo tiempo; con Él y con el mundo; y no siempre con Él y con la iglesia que sólo exteriormente se profesa. Y cuando se hace ese descubrimiento, sucede frecuentemente que los hombres se escandalizan de Él, pues Su exigencia encierra una perturbación de alto precio en el ajuste de la vida hogareña, de la vida financiera y social, conforme a Su norma. Posiblemente puede significar para algunos renunciar a alguna especie de popularidad que existe sólo por causa de un silencio vergonzoso en relación con Él. Para otros, puede ser la ruptura de lazos que se tornaron en gran parte de sus vidas, y el sacrificio de la prosperidad material que tiene algo de injusta. Para todos significa el fin de la satisfacción propia, la crucifixión con miras a la coronación, la destronización para que haya una entronización.

Y cuando todo eso es entendido claramente, entonces ocurre que los hombres se ofenden con Cristo. Cuando Él dice: "Corta tu mano derecha, arranca tu ojo derecho, abandona todo lo que tienes, toma la Cruz y sígueme", entonces surge la prueba que determina todo. Generalmente los hombres retroceden para no andar más con Él. ¡No es porque no le entiendan, sino porque le entienden muy bien! Cuando Él es reconocido, no sólo como el Cristo de corazón compasivo, sino también como el Cristo de rostro firme, entonces es grande la bendición de aquel que no se escandaliza.

El misterio de sus contradicciones

Generalmente, tenemos la impresión de que Cristo no simpatiza con nuestros mejores deseos, aquellos que tienen origen en nuestra comunión con Él. Por ejemplo: Usted desea realizar algún gran servicio y cubrir alguna esfera amplia, pero la respuesta de Cristo a su deseo es dirigirlo a enfrentar las dificultades de una obra pequeña, en un lugar donde el reconocimiento de su trabajo es mínimo o nulo. Usted pide trabajo espiritual y todo lo que se le concede es una rutina monótona de obligaciones seculares. Y usted corre el riesgo de escandalizarse con Él, simplemente por tener justificaciones insignificantes para el trato de Él con su elevado propósito.

O puede ser que usted pidió el don del descanso y reclamó sus grandes promesas en ese sentido, pero la respuesta vino en la necesidad de conflicto severo y continuo. Las llamas de la tentación relucen a su alrededor, no en pequeña cantidad, sino de forma más feroz que nunca, y usted queda tan confuso como ofendido delante de tal cumplimiento de la Palabra sobre la cual usted esperaba. Tal vez usted haya deseado una vida menos sobrecargada y extenuante, pero la única respuesta del Señor vino en forma de cargas aún más pesadas. Y usted está próximo a quedar escandalizado con Él. El misterio de todo eso frustra cada propósito serio, y la tentación para desconfiar algunas veces es demasiada.

Tal vez nos ayude recordar el simple hecho de que Él sabe y hace exactamente aquello que es mejor para el desarrollo y represión de nuestra vida. En verdad, Él no sólo no simpatiza con nuestro egoísmo: Él busca destruir dentro de nosotros cualquier cosa que tenga el gusto de amor propio, vanagloria, autosuficiencia, y reproducir en nosotros algo de la belleza de Su propio carácter. En sus contradicciones, correctamente comprendidas, podemos ver la expresión de Su perfecta sabiduría respecto a nuestros más elevados intereses y también a los intereses del Reino del cual nos ha concedido participar. Así, es "Bienaventurado aquel que no halla tropiezo", que acepta la dirección de Cristo como Su amor y confía en Él aún "cuando el simple confiar en Él parece ser la más difícil de todas las cosas".

La lentitud de Sus métodos

Vamos a Cristo y colocamos nuestra vida bajo Su control, en la esperanza de una inmediata liberación que nos eleve por encima de toda preocupación respecto a la tentación y las fuerzas que se oponen a nosotros. Pero cuán desalentadoramente lenta es la realización de eso, y cuán difícilmente son ganadas las victorias aún cuando somos fortalecidos por su Espíritu.

Luego descubrimos que la vida no es una canción, sino una guerra; que la gracia de Cristo no es un mero éxtasis, sino una energía que opera dolorosamente por la justicia en nosotros, y que se exige de nosotros toda vigilancia, sea para ocupar el terreno ya conquistado o para conquistar nuevos territorios. Y la lentitud de Cristo en nuestros propios conflictos espirituales generalmente es causa de tropiezo para nosotros. Eso, porque desalienta, como ninguna otra cosa, nuestras esperanzas, contradice nuestros conceptos errados de una victoria fácil y pasiva sobre nuestras fuertes enemistades. Pero, en verdad, ese método, lento según nos parece, es el único que Él podría adoptar, teniendo en cuenta la grandeza de Su propósito y la contrariedad de nuestra naturaleza. Y cada experiencia de victoria, por pequeña e insignificante que sea, es una profecía del definitivo y completo triunfo final.

Si usted fuere al Observatorio Real de Greenwich, verá un instrumento delicado, por medio del cual los astrónomos miden la distancia de las estrellas y también su grandeza. Sobre un espejo sensible es reflejada la luz de los puntos de la estrella; y una medida de los ángulos en los cuales cualquiera de los rayos coinciden proporciona informaciones suficientes para todos los maravillosos cálculos de millones de kilómetros. Y así sucede en nuestra vida. Por la estimación de lo que Cristo ya hizo, somos asegurados de Su propósito inmutable. Cada partícula de experiencia de Su poder para santificar, purificar, redimir y librar es profética en lo tocante al todo: *"Aquel que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará"* (Fil. 1:6). Y si nos aferramos a este hecho encontraremos en Él inspiración para proseguir firmes en la fe, y no seremos escandalizados por el hecho de que Él trabaje en forma tan lenta, pero segura.

Lo mismo es verdad también con respecto al progreso del Reino, a cuyos intereses fuimos llamados a servir. Cuán frecuentemente encontramos, en la lentitud con que son alcanzados los resultados espirituales, motivo de tropiezo en Cristo. Comenzamos esperando que,

cuando exaltemos a Cristo, multitudes se unirán a Él. Imaginamos que sólo necesitamos trabajar fielmente al servicio de Dios y del hombre, y los resultados serán manifestados con seguridad. ¡Pero cuán diferente es lo que sucede! ¡Cuán difícilmente las almas son persuadidas y ganadas! ¡Cuán verdadero es que la cizaña crece juntamente con el trigo! ¡Cuán cierto es que aquel que va llevando la preciosa semilla necesita de las lágrimas cuando siembra! (Sal. 126:6).

Y la dificultad para creer que Dios está en el campo, cuando permanece bastante invisible, es demasiado para algunos que comienzan a trabajar para Él con elevadas esperanzas y creencias valerosas, que parecen ser todas injustificadas. A semejanza de los discípulos, ellos piensan que el Reino de Dios debe venir inmediatamente; y en la disciplina de su entusiasmo y en la conversión de su consagración en constancia, ellos quedan en condiciones de tropezar. No sería difícil citar ejemplo tras ejemplo para probar eso en la obra espiritual, pues cuando los resultados son poco visibles, generalmente los ejemplos son muy reales. El obrero que prosigue sin el estímulo del éxito exterior, que sostiene el testimonio del Señor aun cuando es confrontado por la fría indiferencia, que lleva adelante la obra de Cristo en la inspiración dedicada de saber que se trata de la obra de Él, es quien alcanza la bienaventuranza de no escandalizarse. Y parte de eso está en la cosecha inevitable de toda su siembra y en el galardón seguro por todo su servicio.

La irracionalidad de Sus silencios

Pero, tal vez, como cumbre y por encima de esas causas sugeridas de tropiezo en Cristo está la irracionalidad de Sus silencios. Yo simpatizo totalmente con Juan el Bautista en su perplejidad: "Si éste es realmente el Cristo, porque Él no actúa como Cristo? ¿Por qué Él no hace nada para libertar a Su mensajero cautivo o para traer paz a su corazón turbado?". Una visita de Cristo cambiaría su prisión en un palacio. Un apretón de manos de Él transformaría las tinieblas de Juan en gloria. Pero Jesús no le concedió eso. Lo mismo sucedió en Betania, cuando Él dejó a Marta y a María entregadas a la tristeza por dos largos y enfadosos días. Yo me identifico con ellas en su total incapacidad de comprender la demora de Cristo a la luz de su amor; y también en la protesta implícita en la palabra con la cual lo saludaron: "Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto". Su silencio parecía totalmente injustificable.

Y todavía parece injustificable cuando aparentemente Él no presta atención a nuestras oraciones, y clamamos hacia un cielo silencioso. ¿Quién no conoce esta amarga experiencia, así como la sutil tentación emboscada allí? Usted ha orado por la conversión de sus seres queridos, pero todavía hoy ellos permanecen inflexibles e indiferentes como siempre. Usted oró por cosas temporales que parecen totalmente necesarias, y no vino ninguna respuesta. Usted buscó alivio de alguna carga opresiva, pero ningún alivio le fue concedido, y hoy la carga está más pesada que antes. Y el pensamiento de que el silencio de Cristo es injustificable nunca está demasiado lejos. La lealtad a Él se torna algo enfadosamente cansador, llegando casi a la fatiga. Es casi justificable escandalizarse con Él.

Pero así como sucedió con Juan en la prisión y con las hermanas en Betania, y multitudes de otros en todas las épocas, Él no está distraído, aunque Su silencio parezca indicar eso. Él está entrenándolos a ellos y a nosotros, para entender la fe, para vivir en la esfera de lo invisible y eterno, para andar en Sus propios pasos. Algunas veces lo que llamamos "oración no respondida" es, sin ninguna duda, prueba de una bendición mucho mayor que la respuesta deseada posiblemente podría haber sido. Cuando Cristo responde nuestros pedidos con un "no", podemos estar seguros de que un "sí" habría sido para nuestro perjuicio. Él retiene misericordias secundarias para enseñarnos la importancia y el valor de las principales. Sus negativas son para enriquecernos y no para empobrecernos, pues Sus propósitos son ampliamente más vastos que nuestras oraciones; y mientras Su hablar pueda ser como la plata, Su silencio es como el oro. "Bienaventurado es el que no halla en mí motivo de tropiezo".

"Estas cosas os he dicho para que, a pesar de la severidad de mis exigencias, del misterio de mis contradicciones, de la lentitud de mis métodos, de la irracionalidad de mis silencios, no se escandalicen". ¿Qué cosas eran éstas? ¿Qué dará seguridad a su pueblo contra el peligro de la traición? ¿Cuáles son las seguridades permanentes de nuestra fe? En una palabra: La confianza en Su camino delante de nosotros - "Yo he venido de mi Padre", "Yo voy al Padre", "Yo soy el camino". Después, la certeza de Su amor por nosotros: "El Padre mismo os ama". Y, en fin, la constancia de Su unión con nosotros: "Ustedes en mí, y yo en vosotros". Estas son las verdades-embrión de todas Sus advertencias. Y la expansión de ellas está en la vida de los que le per-

tenecen. Bienaventurado es aquel que, descansando en estos hechos de Dios, hace de ellos los elementos de su propia vida y prosigue sin escandalizar y sin escandalizarse, siempre radiante con "la paz que excede todo entendimiento", y se va tornando, de forma creciente, en parte de la iluminación del mundo a medida que refleje a su Señor. Pero tengamos cuidado para no colocar ningún valor inadecuado sobre nuestra simple comprensión de esta verdad. Tengamos cuidado para no sobrestimar la fuerza de nuestras resoluciones y recursos.

Tengamos cuidado para no decir algo como: "*Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré*" (Mt. 26:33). Antes, en una dependencia sensible y humilde de Cristo, que siempre se expresa en una devoción y lealtad férrea a Su Palabra, busquemos vivir como hombres cuya fe se manifiesta. Pues ésta es la condición que gobierna toda la bienaventuranza de aquel que no se escandaliza, de aquel que no halla en el Señor motivo de tropiezo, de aquel que no se ofende con su Señor.

T. Austin Sparks

EL ARNES DE DIOS

Hay una operación tremenda del Espíritu que está ocurriendo hoy en día para traer a los Hijos de Dios a un confinamiento absoluto a la voluntad perfecta de Dios. Este es el Día de su Preparación, el día en que Él está preparando el canal por el cual Él pueda derramar Su Gloria para que todo el mundo la vea. Este canal es Su Cuerpo en la tierra, aquella compañía gloriosa de personas quienes, mediante mucha tribulación y fuegos de prueba, se están conformando a la Imagen del Hijo de Dios. Esta compañía es su “martillo y armas de guerra” con los cuales sojuzgará reinos y vencerá a todos Sus enemigos. Esta compañía es Su “fuerte y poderoso” a quien encomendará la obra de juzgar al mundo. Esta es Su Vencedor, Su “gran ejército” con el cual sojuzgará a las naciones. Las armas de su milicia no son carnales, naturales, sino armas poderosas; poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas. Esto es el pueblo que “se esforzará y actuará.”

Pero, antes que Dios pueda encomendar en sus manos este ministerio grande y tremendo, ellos tienen que someterse a la disciplina del Señor, dejando que Él verdaderamente sea el Señor en su vida entera. Mucho tiempo hemos tratado con la cuestión del pecado abierto, pero ahora Dios está tratando con la rebelión interior de nuestra propia voluntad. Él no trata así con algunos buenos cristianos, porque no son de esta Compañía de Primicias, pero sin embargo hay una verdadera obra de Dios ejecutándose en los que son llamados al Supremo Llamamiento de Dios. Esta es una cosa muy real, y es la obra del Fuego

Refinador. Para los que están experimentándolo algunos de sus aspectos son horribles, pero muy necesarios, y el resultado final es glorioso cuando somos traídos a una sumisión absoluta y completa a la voluntad de nuestro Señor.

Fue en una conferencia y convención para ministros en Tulsa, Oklahoma, que Dios me dio una visión que ahora quiero compartir contigo sobre el asunto de poner el arnés a nuestra propia voluntad. Hubo más de 30 ministros presentes un jueves en la reunión de la mañana, y Dios, el Padre de los espíritus, estaba presente para tratar con Sus hijos, para corregirlos y disciplinarlos a la obediencia absoluta a Su voluntad. Había una manifestación del Espíritu tal que nadie podía pasar adelante y ministrar, y los ministros no querían decir nada excepto lo que fuese ordenado directamente del Espíritu. Y mientras que aquellos hombres de Dios estaban sentados allí en la presencia temible del Dios Todopoderoso, algunos de ellos teniendo muchos años en el ministerio, algunos misioneros, todos capaces de levantarse y predicar un sermón poderoso, me impresionaba la manera en que ellos reaccionaban a la disciplina del Espíritu. Y en medio de éste trato formidable de Dios con nuestros espíritus, El Espíritu Santo me dio esta visión:

Vi el carruaje del Rey

En un camino en medio de un campo ancho estaba un carruaje hermoso, algo semejante a una diligencia, pero todo orlado en oro, con tallas hermosas. Estaba tirado por seis grandes caballos castaños, dos adelante, dos en medio y dos atrás. Pero no se movían, no tiraban el carruaje, y yo deseaba saber por qué. Entonces vi al cochero debajo del carruaje, postrado en el suelo, detrás de los talones de los últimos dos caballos, trabajando en algo entre las ruedas delanteras del carruaje. Yo, pensaba, "Oh! él está en un sitio peligroso; porque si uno de aquellos caballos pateara o retrocediera, lo podrían matar, o si decidieran ir adelante, o se asustaran por alguna razón, entonces tirarían el carruaje encima de él." Pero él no parecía tener miedo, porque sabía que aquellos caballos eran disciplinados y no se moverían hasta cuando se lo indicara. Los caballos no pateaban ni se inquietaban, y aunque hubo campanillas en sus patas, las campanillas no retiñían (o no sonaban o no se oían). Ellos sencillamente estaban quietos, esperando la voz del Maestro.

Hubo dos potrillos en el campo

Mientras que yo observaba los caballos uncidos (atados o sujetos), noté que dos potrillos salieron del campo abierto y se acercaron al carruaje, y parecían decir a los caballos: “Venid y jugad con nosotros, tenemos muchos buenos juegos. Correremos con vosotros, venid a alcanzarnos....” Y con eso los potrillos retozaron, sacudieron sus colas, y corrieron a través del campo abierto. Pero al mirar atrás y ver que los caballos no los seguían, estuvieron perplejos. No conocieron nada de arneses y no entendieron por qué los caballos no querían jugar. De modo que les gritaron: ¿Por qué no corréis con nosotros? ¿Estáis cansados? ¿Estáis demasiado débiles? ¿No tenéis fuerza para correr? Estáis demasiado solemnes, necesitáis más alegría en vuestras vidas.” Pero los caballos no contestaron ni una palabra, ni patearon, ni movieron la cabeza. Pero se quedaron quietos esperando la voz del Maestro. Nuevamente los potrillos les llamaron: “¿Por qué estáis así en el sol tan caluroso? Venid acá a la sombra de este árbol; Ved cuán verde es la hierba. Tendréis hambre, venid y comed con nosotros, es tan verde y tan agradable. Tendréis sed, venid y bebed de uno de nuestros muchos arroyos de agua limpia y refrescante.” Pero los caballos no les contestaron ni siquiera con una mirada, sino estuvieron quietos, esperando las órdenes para ir adelante con el Rey.

Potrillos en el corral del Maestro

Entonces fue cambiada la escena, y vi lazos corredizos caer sobre los cuellos de los dos potrillos, y fueron llevados al corral del Maestro para adiestramiento y disciplina. Cuán tristes estaban mientras que desaparecieron los hermosos campos verdes, y ellos fueron puestos en el confinamiento del corral con su tierra morena y cerco alto. Los potrillos corrieron de cerco a cerco, buscando libertad, pero encontraron que estaban confinados en este lugar de adiestramiento. Y entonces el Domador comenzó a trabajar con ellos, con Su látigo y Su freno. ¡Qué muerte para esos que toda su vida están acostumbrados a gran libertad! No pudieron entender la razón de esta tortura, esta disciplina terrible. ¿Qué gran crimen habían cometido para merecer esto? Poco sabían de la responsabilidad que sería suya cuando se hubieran sometido a la disciplina, aprendiendo a obedecer perfectamente al Maestro, y terminado su adiestramiento. Todo lo que sabían era que este procedimiento era la cosa más horrible que jamás habían conocido.

Sumisión y rebelión

Uno de los potrillos, se rebeló bajo el adiestramiento, y dijo: “Esto no es para mí; yo quiero mi libertad, mis collados verdes, mis arroyos fluyentes de agua dulce. No voy a tolerar más este confinamiento, este adiestramiento terrible.” De modo que halló una salida, saltó sobre el cerco y volvió corriendo alegremente a las praderas. Y yo me asombré de que el Maestro lo dejara salir y no lo siguiera. Pero Él puso su atención en el otro potrillo. Este potrillo, aunque tuvo la misma oportunidad de escaparse, decidió someter su propia voluntad y aprender los caminos de su Maestro. Y el adiestramiento se puso más duro que nunca, y el rápidamente aprendía más y más como obedecer el deseo más leve de su Maestro, y a responder aún a Su voz apacible. Y vi que si no hubiera ningún adiestramiento, ni doctrina, no habría ni sumisión ni rebelión de uno u otro de los potrillos. Porque en el campo no tuvieron la alternativa de rebelarse o someterse, estaban sin pecado en su inocencia. Pero cuando fueron traídos al lugar de prueba, adiestramiento y disciplina, entonces se manifestó la obediencia de uno y la rebelión del otro. Y aunque parecía más seguro no venir al lugar de disciplina a causa del riesgo de ser hallado rebelde, sin embargo vi que sin esto no se podría participar de Su gloria, ni ser Sus hijos manifestados.

En el arnés

Al fin se terminó este período de adiestramiento. ¿Fue recompensado ahora con su libertad, y devuelto a los campos? Oh, no. Más bien, vino un confinamiento más grande que nunca, cuando al arnés cayó sobre él. Ahora halló que no hubo ni libertad de correr a través del pequeño corral, porque en el arnés sólo pudo moverse a donde y cuando su Maestro quisiera. Y a menos que su Maestro hablase, no se movía.

Se cambió la escena, y vi al otro potrillo parado en una ladera, mordiscando la hierba. Entonces por los campos, a lo largo del camino vino el carruaje del Rey, tirado por seis caballos. Con asombro el vio que adelante, al lado derecho, estuvo su hermano potro, ahora hecho fuerte y maduro por medio del buen grano en la cuadra del Maestro. Él vio las hermosas borlas moviéndose en el viento, notó el arnés resplandeciente orlado en oro sobre su hermano, oyó el bello retintín de las campanillas en sus patas...y envidia entró en su cora-

zón. Así se quejó en sí mismo: ¿Por qué ha sido honrado así mi hermano, y yo he sido despreciado? No han puesto campanillas en mis patas, ni borlas sobre mi cabeza. El Maestro no me ha dado a mí la responsabilidad maravillosa de tirar Su carruaje, ni me han puesto el arnés de oro. ¿Por qué han escogido a mi hermano en vez de mí? Y por el Espíritu me vino la respuesta mientras me miraba. “Porque uno se sometió a la voluntad y disciplina del Maestro, y el otro se rebeló, así, uno ha sido escogido y el otro desechado.”

Hambre en la tierra

Entonces vi una gran sequía descender sobre los campos, y la hierba verde se puso seca, quemada y quebradiza. Se secaron los arroyuelos, dejaron de fluir, y hubo sólo unos pequeños charcos aquí y allá, vi al potrillo (me maravillé de que nunca pareciese crecer o madurarse) mientras corría acá y allá por los campos buscando arroyos frescos y pasto verde sin hallarlos. Todavía correteaba, aparentemente dando vueltas, siempre buscando algo para saciar su espíritu hambriento. Pero hubo hambre en la tierra, y no se hallaron los ricos pastos verdes y los arroyos fluyentes de ayer. Y un día el potrillo se paró sobre el collado en piernas débiles que se bamboleaban, preguntándose a donde iría ahora a encontrar alimento, y cómo recibiría fuerzas para andar. Parecía que no hubo remedio, porque buena comida y arroyos fluyentes eran cosa del pasado, y todos los esfuerzos para hallarlos solamente le debilitaban más. De repente vio el carruaje del Rey yendo por el camino, tirado por seis grandes caballos, y vio a su hermano ya gordo y fuerte de músculos, hecho hermoso por el mucho almohazar (Estregar o frotar con fuerza a los caballos para limpiarlos). Con corazón asombrado y perplejo clamó: “Hermano mío, ¿Dónde encuentras la comida para mantenerte fuerte y gordo en estos días de hambre? Yo en mi libertad he corrido por todas partes buscando comida y no encuentro nada. Y tú, en tu confinamiento terrible, ¿Dónde encuentras comida en este tiempo de carestía? ¡Dime, por favor, porque tengo que saber! “Entonces vino la respuesta en una voz llena de victoria y alabanza. En la casa de mi Maestro hay un lugar secreto en las limitaciones restringentes de Su cuadra donde con Su propia mano me alimenta y Sus graneros nunca se agotan y Su pozo nunca se seca. Con esto el Señor me hizo saber que en el día cuando el pueblo está débil y hambriento en Espíritu, en el tiempo del hambre Espiritual, que los que han perdido su propia voluntad y han entrado en el Lugar Secreto del Altísimo, en el confinamiento de Su

voluntad perfecta, tendrán el trigo del cielo en abundancia y revelación por Su Espíritu que fluirá como un arroyo fresco y perpetuo. Así terminó la visión.

La interpretación de la visión

Escribe la visión y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella” (Hab. 2:2). “*Uncid caballos y subid, vosotros los jinetes...*” (Jer. 46:4). Estoy seguro que muchos de vosotros que podéis oír lo que el Espíritu dice a la Iglesia, ya habéis comprendido lo que Dios mostraba en la visión. Pero permitidme aclararlo: El renacer en la familia de Dios, el alimentarse de los pastos verdes y el beber de los muchos arroyos de la revelación de Sus propósitos, está muy bien y maravilloso, pero no es suficiente. Cuando éramos niños tiernos y disciplinados, limitados solamente por el cerco exterior de la ley que circundaba los límites de los pastos (para impedirnos la entrada en los pastos sombríos de hierbas venenosas), Él se contentó en vernos desarrollar y crecer hasta ser jóvenes en el sentido Espiritual. Pero llegó el tiempo para los que se alimentaban en Sus pastos y bebían de Sus arroyos cuando tuvieron que ser traídos a la disciplina, con el propósito de hacerles hijos maduros. Muchos niños Espirituales hoy en día no pueden comprender por qué algunos de los que se han puesto el arnés de Dios no pueden emocionarse de los muchos juegos religiosos y despropósitos juguetones de los inmaduros. Quieren saber por qué los disciplinados no corren tras cada revelación nueva ni se alimentan de cada oportunidad para ocuparse en actividades religiosas que parecen ser buenas y provechosas. Desean saber por qué algunos no correrán con ellos en sus esfuerzos frenéticos para edificar obras grandes y ministerios notables. Ellos se movieron en su tiempo, cuando el Maestro habla. No se moverán antes, aunque vengan muchas tentaciones de los potros juguetones. Y los potros no pueden entender por qué los que aparentemente tienen grandes habilidades y fuerza no la usan para bien. Dicen: “Pon el carruaje en el camino,” pero los disciplinados, los que están en el arnés de Dios, saben no moverse antes de oír la voz del Maestro. Ellos se moverán en su debido tiempo con grande resolución y con mucha responsabilidad.

Y el Señor me hizo saber que había muchos que Él comenzó a adiestrar quienes se habían rebelado contra la disciplina y la corrección del Padre. A ellos no se les podría confiar la gran responsabilidad de ser hijos maduros, así que les dejó regresar a su libertad, a su acti-

vidad religiosa y a sus revelaciones y dones. Siempre con Su pueblo, alimentándose en Sus pastos. Pero Él los ha puesto a un lado para que no tengan parte en los propósitos grandes de este fin del siglo. Así que, ellos se gozan de su libertad, sintiendo que son los escogidos con los muchos arroyos de agua viva, no sabiendo que han sido puestos a un lado como ineptos para Su gran obra en este fin del siglo.

Me mostró que aunque el castigo parece doloroso por un tiempo y la disciplina difícil de soportar, sin embargo, el resultado con toda la gloria de los hijos manifestados vale la pena, y la gloria venidera excede el sufrimiento. Y aunque algunos pierden hasta sus vidas en este adiestramiento, no obstante compartirán igualmente la gloria de Sus propósitos eternos. Por tanto, santo de Dios, no desmayes porque es el Señor que te trae al contentamiento y no tu enemigo. Es para tu bien y para Su gloria, por tanto soporta todo con alabanzas y acción de gracias porque Él te ha tenido por digno de compartir Su gloria. No temas al látigo en Su mano, porque no es para castigarte sino para corregirte y adiestrarte para que puedas entrar en una sumisión completa a Su voluntad y ser hallado en Su semejanza en aquella hora.

Regocíjate en tus pruebas y en toda tu tribulación, y gloríate en Su Cruz y en las limitaciones de Su arnés, porque Él te ha escogido y ha tornado sobre Sí Mismo la responsabilidad de mantenerte fuerte y bien alimentado. Así que apóyate en Él, y no confíes en tu propia habilidad ni tu prudencia. De esta manera serás alimentado y Su mano estará sobre ti, y Su gloria te hará sombra y fluirá por medio de ti mientras que ella sale para llenar toda la tierra. ¡Gloria a Dios! ¡Bendito sea el Señor! ¡Él es maravilloso! Deja que Él sea el Señor de tu vida amigo, y no te quejes de lo que Él permita en tu vida.

Abundancia en tiempo de hambre

En la hora cuando el hambre corre por la tierra, Él alimentará con Su propia mano a los que se someten a Su voluntad perfecta y habitan al abrigo del Altísimo. Cuando el terror taconeá por la tierra, los que están dentro de Su arnés no temerán, porque sentirán Su brida y Su freno y conocerán la guía de Su Espíritu. Cuando otros están débiles y temerosos, habrá los que se fortalecerán en el poder de Su fuerza y no les faltará ningún bien. Es la hora cuando las tradiciones de los sistemas religiosos se han probado falsas, y sus arroyos se han secado, en-

tonces Sus escogidos pregonarán la Palabra Verdadera del Señor. Entonces regocijaos, hijos de Dios, que habéis sido escogidos por Su gracia para esta obra grande en esta última hora.

El cerco que retenía a los potros en sus propios prados y pastos no significa nada para el tiro en el arnés, porque a ellos se les abren las puertas y ellos salen tirando el carruaje del Rey a muchos lugares extraños y maravillosos. No se detienen para comer de las hierbas venenosas del pecado porque comen solamente en la cuadra del Maestro. Estos campos ellos pisotean al salir en los negocios del Rey. Así que, para los que se someten completamente a Su voluntad, no hay ley. Porque se mueven en la Gracia de Dios, guiados solamente por Su Espíritu donde todo es lícito pero no todo conviene. Esta es una esfera peligrosa para los indisciplinados y muchos han perecido en pecado saltando el cerco sin tener Su arnés y Su brida. Algunos han pensado de sí mismos que eran completamente uncidos y sumisos a Él, solamente para encontrar que en una parte de su vida moraban rebeldía y obstinación. Esperemos delante de Él hasta que ponga Su lazo alrededor de nosotros y nos atraiga a Su lugar de adiestramiento. Aprendamos los tratos de Dios y los movimientos de Su Espíritu hasta que al fin sintamos que Su arnés caiga alrededor de nosotros y oigamos Su voz dirigiéndonos. ¡Entonces hay resguardo de las artimañas y trampas del pecado, y moraremos en Su casa para siempre!

Bill Britton

EL PODER DE LA PRESIÓN

“Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos libraré, de tan gran muerte” (2 Corintios 1: 8-10)

Qué es lo que Pablo deseaba que los hermanos conociesen, según vemos en este pasaje de 1ª Corintios? La aflicción que le sobrevino a él y a sus compañeros en Asia Menor. ¿Por qué tipo de aflicción ellos pasaron? La aflicción de la presión. ¿Hasta qué punto aconteció tal presión sobre ellos? Más allá de su capacidad, de tal manera que temieron por su vida. Esa fue la situación exterior de ellos, ¿Y en cuanto a su sentimiento interior? Armonizaba con su situación exterior, pues tenían sentencia de muerte dentro de sí. ¿Y cuál fue la conclusión a la que llegaron? Que no podían confiar en sí mismos, sino en Dios que resucita a los muertos. Por eso, Dios los había librado de tan gran muerte en el pasado para poder librarlos ahora y librarlos en el futuro.

Lo que nos gustaría considerar aquí es la relación entre presión y poder. Como cristianos, prestamos mucha atención al asunto del poder. Eso es especialmente verdadero entre los cristianos espirituales. Ellos frecuentemente preguntan si cierta persona tiene poder o indagan sobre cuánto poder tiene. Oímos tales preguntas dondequiera que vayamos.

Veamos lo que la Biblia enseña sobre la relación entre presión y poder. Antes, me gustaría decir que ambos son directamente proporcionales. O sea, siempre que hay presión, hay también poder. Si un cristiano no sabe qué es la presión, tampoco tiene conocimiento acerca del poder. Solamente los que han experimentado inclinarse ante la presión saben qué es el poder. Cuanto mayor es la presión, mayor el poder.

Pero antes de hablar sobre la relación espiritual entre estos dos hechos, debemos explicar la relación que existe entre ellos en el ámbito físico, pues de ella podremos aprender luego el principio espiritual. ¿Usted ha observado cómo el agua hierve en una caldera abierta? Usted puede haber visitado una tienda donde se vende agua caliente. El agua es hervida allí desde la mañana hasta la noche, año tras año. El vapor escapa y llena la casa, aunque no sea utilizado por falta de presión. Pero si en otro lugar observamos otro tipo de caldera, sea dentro de una locomotora o en un barco a vapor, veremos que los operarios encienden un fuego fuerte bajo la caldera permitiendo que el agua hierva; pero, a diferencia de la tienda que vende agua, ellos no dejan que el vapor escape. La caldera, en este caso, es hecha de acero grueso y el vapor es continuamente presionado dentro de ella. La caldera comienza a reunir fuerza debido a la presión exterior, puesto que el vapor no puede expandirse, conduciendo al siguiente resultado: Que se condensa en una especie de poder. Y cuando el poder del vapor es liberado por medio de una pequeña abertura, comienza a mover el tren o el barco.

Ahora, el vapor en la tienda de agua caliente y el vapor en la locomotora es el mismo. ¿Por qué, entonces, existe tal diferencia en el poder? El vapor generado en la tienda es inútil, pero el de la locomotora es tremendamente útil. La razón es porque en un caso no hay presión, permitiendo que el vapor se disperse; pero en el otro caso, el vapor permanece constantemente bajo presión, es canalizado por una abertura y, finalmente, es transformado en un gran poder.

Aquí, entonces, hay una ley o principio espiritual que es derivado de la ley física: Donde no hay presión, no hay poder, pero la presión puede producir poder, y de hecho lo hace. Sin embargo, para un cristiano, conocer el poder implica conocer primero la presión. La presión estaba siempre presente con los apóstoles del Nuevo Testamento. Muchas cosas se amontonaban sobre ellos que podían robarles

permanentemente la paz. Pero Dios usó ese fenómeno para darles poder. Por el hecho de ser excesivamente presionados, no había nadie que tuviese tal poder como los apóstoles, pues la presión los llevaba a mirar hacia Dios.

Permítame preguntar: ¿Cuán grande es la presión que hay sobre Usted? Usted sólo puede medir su poder por la presión que recibe. El poder del vapor es medido por la presión de la caldera. De la misma forma, el poder de un creyente nunca puede ser mayor que la presión que él soporta. Si alguien desea saber cuán grande es su poder delante de Dios, necesita comprender que su poder no puede exceder la presión que recibe de Dios. Esta es una ley espiritual básica. A veces usted ora: «¡Oh, Dios, dame poder!». ¿Usted sabe lo que realmente está pidiendo? Si Dios responde a su oración, ciertamente Él lo pondrá a usted bajo presión, pues Él sabe que el poder de la vida es generado por la presión de la vida. Una vida bajo presión es una vida con poder, mientras que una vida sin presión es una vida sin poder. Una gran presión en la vida produce un gran poder de vida, mas poca presión en la vida resulta en poco poder de vida. Sin embargo, el poder en discusión aquí es el poder de la vida y no el de otras fuentes. Continuemos nuestra discusión en lo que dice relación con la esfera moral y espiritual, y veamos cuán verdadero es el principio de «presión es poder».

La presión del pecado

¿Cuántos de nosotros tenemos alguna experiencia clara de vencer el pecado? ¿Quién entre nosotros conoce cómo la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús nos liberta de la ley del pecado y de la muerte? ¿Quién ha tratado explícitamente con el pecado y lo ha vencido? ¿Por qué tan pocos de nosotros somos libertados de la esclavitud del pecado? Puede ser debido tal vez a nuestra incapacidad de usar este principio: Saber cómo usar la presión del pecado sobre nosotros; por el contrario, desmayamos bajo su presión. Fallamos por no usar esa presión para clamar a Dios y buscar su liberación. Cuán frecuentemente debemos ser presionados por el pecado hasta ese punto – presionados más allá de nuestra medida, de tal forma que no podemos ayudarnos o salvarnos a nosotros mismos– antes que se vuelva real el tener poder para ir a Dios y recibir la victoria de Cristo. Entonces, seremos libertados.

Supongamos, por ejemplo, que un creyente, involuntariamente, diga frecuentemente mentiras. Un pequeño descuido, y una mentira escapan de su boca. Él no podrá vencer ese pecado si no tiene la conciencia de la impiedad de las mentiras, y le da dolor de mentir; tampoco sentirá profundamente que está bajo la opresión de las mentiras y que no tiene fuerza alguna para luchar contra ellas. Solamente cuando desee no cometer ese pecado es que él reconocerá cuán sometido está bajo su presión. En tal caso, luchar contra el pecado sólo aumenta cada vez más la conciencia de la opresión del pecado. Él todavía no puede hablar sin mentir y se va tornando cada vez más y más miserable.

¿Cuándo y cómo puede encontrar liberación de ese pecado? No antes de confesar, un día, que, no importa cuánto él intente, simplemente no puede vencer ese pecado, y siente que sería mejor si estuviese muerto. Está tan consciente de la presión de ese pecado, que no puede soportarlo más. La presión en el momento es grande y suficiente, y por eso, el poder de vencerla se hace suficientemente grande también. Desde esa vez, él parece tener mayor poder por el cual puede ir a Dios y clamar por la liberación, como también mucha mayor capacidad para recibir la obra de Cristo. En seguida, dirá a Dios: «Oh, Dios, no puedo vivir si Tú no me capacitas para vencer mi pecado por medio de la obra consumada del Señor Jesús». Cuando se allega a Dios de esa forma, él vence. ¿Ve usted cómo la presión del pecado le da poder para ir a Dios en busca de liberación?

Usemos otra ilustración: Un creyente es incomodado por pensamientos impuros. Él no tiene cómo refrenar esos pensamientos impuros. Él sabe que eso no está correcto, pero no consigue resistir ni tiene poder para orar a Dios. Él podrá intentar resistir e incluso hasta intentará orar, pero parece que está intentando sin mucha dedicación. No existe poder. ¿Por qué? Porque él aún no sintió la presión del pecado y, por eso, no tiene el poder de la liberación. Pero si es perturbado por esos pensamientos, no sólo una o dos, sino un centenar de veces, y es vencido todo el tiempo, pese a sus esfuerzos, entonces sufrirá el dolor de la confesión y de las derrotas al punto de no poder soportar más la presión, ni siquiera por cinco minutos más. Es en ese momento que él recibe la fe como también el poder para vencer su pecado. En los días comunes, él no tiene ni fe ni poder. Pero cuando experimenta el poder de la presión, su fe parece acumular poder. Normalmente, su resistencia en el pasado era pequeña, pero ahora, des-

pués de haber aumentado tanto la presión, su resistencia se hace más poderosa.

Recordemos, por lo tanto, que la presión tiene como meta producir poder. Utilicemos la presión en nuestro diario vivir, para transformarla en poder a fin de progresar espiritualmente. Tenga en mente también que un creyente poderoso no posee ninguna medida extra de poder más allá del que nosotros mismos poseemos; él simplemente sabe cómo utilizar la presión sobre él y está decidido a hacerlo.

La presión de la necesidad

Un hermano me preguntó por qué su oración no tenía respuesta. Le respondí que era por no haber presión. Cuando preguntó por qué la presión era necesaria, yo le dije que era necesaria para que la oración tuviera respuesta. En verdad, yo siempre hago esta pregunta a los hermanos: «¿Dios oye su oración?». La respuesta que generalmente recibo es esta: «Después de orar tres o cinco veces, el asunto es olvidado». ¿Por qué es olvidado? Porque los que olvidan no sienten la presión sobre sí. ¿No es extraño que frecuentemente sea ese el caso?

Si usted olvidó un asunto de oración, ¿Cómo puede culpar a Dios por no acordarse? Naturalmente, Dios no le responderá si usted sólo pronuncia casualmente algunas palabras de oración. Muchos oran como si estuviesen escribiendo una redacción. Sería mejor que no orasen. La oración de muchos transgrede el primer principio de la oración, que no es fe ni promesa, sino necesidad. Sin necesidad no hay oración. No es de maravillar que las personas no reciban respuesta a sus oraciones. Para que Dios responda la oración de un creyente, Él le dará primero alguna presión a fin de que sienta la necesidad. Entonces, el creyente se vuelve a Dios pidiendo una respuesta.

John Knox era poderoso en la oración. La reina Mary, de Inglaterra, dijo cierta vez: «No tengo miedo al ejército de Escocia; sólo temo la oración de John Knox». ¿Cómo oraba John Knox? Él decía: «¡Oh Dios, dame Escocia o me muero!». ¿Por qué él oraba de esa forma? Porque la presión dentro de él era muy grande. Sobrepasaba su capacidad; por eso, él la derramaba delante de Dios. La presión dentro de John Knox lo llevaba a hacer tal oración. Usted no puede comprender por qué Moisés, en su época, oró de esta forma: «Te ruego que... perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito» (Éxodo 32:31-32). La razón era que Moisés estaba consciente de una

necesidad y estaba tan oprimido por esa necesidad que prefería perecer si Dios no salvaba a los hijos de Israel. Por eso, Dios lo oyó.

La oración de Pablo era lo mismo: «Porque deseara yo mismo... ser separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne» (Romanos 9:3). Él prefería no ser salvo si los hijos de Israel no eran salvos también. Tal palabra no es mera oración de la boca para afuera, tampoco una mera explosión emocional. Ella procede de un profundo sentimiento causado por la presión de la necesidad. Alguien puede imitar las palabras de oración de otro, pero la oración será ineficaz y sin utilidad porque no hay presión. ¿Quién orará diciendo que si Dios no le responde, él no se levantará? Si alguien tiene realmente ese sentimiento y esa palabra dentro de sí, su oración será oída. Usted también puede orar con esas palabras, pero lo esencial es que usted sienta la presión dentro de sí.

En Tsinan, había un muy buen hermano en el Señor. Él tenía un hermano en la carne que era también su compañero de escuela. Por causa de su fe, él era frecuentemente ridiculizado y hostilizado por su hermano. El año pasado, yo prediqué en esa escuela y tuve oportunidad de conversar con su hermano de carne y sangre, el cual, no obstante, permaneció indiferente. Ahora, este buen hermano acostumbraba testificar en la escuela y asumir el liderazgo entre los hermanos allí. Pero, por algún tiempo, él dejó de testificar y su rostro se puso triste. Por eso, los otros hermanos me informaron de su condición. En verdad, temían que él hubiese apostatado. Fui requerido para ayudarlo. Yo me encontré con él algunas veces; sin embargo, en cada ocasión él se alejaba después de intercambiar unas pocas palabras. Yo estaba realmente confundido. Otro hermano me contó que ese joven hermano le había dicho la razón de por qué ya no testificaba: Mientras su hermano de carne no fuese salvo, él no testificaría por el Señor. En la noche de la última reunión, hablé con él nuevamente, y le pregunté, a quemarropa, por qué él actuaba de esa manera. Él respondió que si Dios no salvaba a su hermano, no testificaría más. Yo sabía cuán honesto era él, y que estaba realmente preocupado por su hermano. Sabía también que él debía tener una carga especial en el corazón por su hermano y que estaba bajo una tremenda presión.

Sólo podía haber dos explicaciones: O eso era el enemigo que lo engañaba y hacía que desfalleciese y no trabajase por el Señor, o, entonces, Dios iba realmente a salvar a su hermano. Si Dios le dio tal

presión y lo llevó a orar con esa intensidad, entonces su hermano sería salvo. La presión sobre él era tan grande, más allá de su capacidad, por eso él tuvo esa reacción tan particular. Después de volver a casa, recibí una carta trayendo las buenas nuevas de que el hermano de aquel joven fue finalmente salvo. No mucho después de yo haber dejado la escuela, el hermano de aquel joven cayó muy enfermo, y, durante la enfermedad, aceptó al Señor ¡y fue sanado!

La experiencia de ese joven nos muestra un principio: Dios, antes de responder nuestras oraciones, frecuentemente pone una gran presión sobre nosotros para llevarnos a orar. Anteriormente no teníamos poder en la oración, pero ahora, con tal presión, somos capaces de orar. Cuanto mayor sea la presión de Dios, más poderosa se vuelve nuestra oración. Aprendamos esta lección: La presión produce poder. El propósito de la presión no es destruirnos, sino ser utilizada por nosotros para transformarla en poder.

Podemos, así, entender por qué algunas oraciones son respondidas y otras no. ¿Por qué Dios frecuentemente oye oraciones por cosas grandes, mientras que no oye oraciones por cosas pequeñas? ¿Por qué Dios oye nuestras oraciones por nuestros seres queridos, amigos o colaboradores, cuando están peligrosamente enfermos, pero no oye inmediatamente nuestras oraciones cuando tenemos dolor de cabeza, resfriado o algún achaque? Ya lo dije y lo voy a repetir: Cualquier oración que no nos mueve, no puede mover a Dios. Eso está relacionado con el poder, y el poder es determinado por la presión.

¿Por qué Dios permite que muchas dificultades, callejones sin salida y hechos inevitables lleguen a nosotros? Por ninguna otra razón que no sea llamarnos a utilizar tal presión y tornarnos poderosos en la oración. Nuestro fracaso está en no saber cómo hacer uso de la presión para transformarla en poder. Debemos saber que todas las presiones tienen un propósito. Sin embargo, no debemos esperar hasta que la presión se haga excesivamente insoportable antes de orar. Debemos aprender a orar sin presión como también con presión. Si hay presión, utilicemos cada una, transformándola en poder. Haciendo así, reconoceremos que siempre que la presión surja, Dios va a manifestar el poder de resucitar a los muertos. No existe poder mayor que el poder de la resurrección. Y cuando estemos oprimidos más allá de toda esperanza, experimentaremos el poder de Su resurrección fluendo dentro de nosotros.

¿Cuántas veces en su vida sus oraciones han sido respondidas? Sin duda, usted debe haber recibido respuesta a sus oraciones por lo menos algunas veces. ¿Por qué esas pocas oraciones fueron respondidas? ¿No fue porque usted sintió la presión y, por ser ésta tan grande, usted derramó su corazón delante de Dios? Tal vez nunca usted ayunó antes, pero en aquel día particular, usted no pudo hacer nada sino ayunar. Usted sintió que estaba siendo presionado a ir delante de Dios y no consideraba más la oración como una carga; por el contrario, la oración para usted se convirtió, aquel día, en un medio para vaciar una carga.

La presión de las circunstancias

No sólo el pecado y la necesidad crean presión, sino también las circunstancias. Dios permite que los creyentes pasen por la presión de las circunstancias para que vivan delante de Él. Frecuentemente, surgen situaciones adversas en la vida de los hijos de Dios. Algunos son perturbados por los familiares, otros, por los amigos. Algunos pueden sufrir pérdidas en los negocios; otros pueden ser perseguidos por los colegas. Unos pueden ser hostilizados o mal interpretados por las personas; otros pueden tener dificultades financieras. ¿Por qué les sobrevienen estas cosas? Muchos creyentes normalmente no reconocen cuán preciosa es la vida regenerada que han recibido. Aunque sean nacidos de nuevo, aún ignoran el hecho de que su vida regenerada no tiene precio. Pero una vez que están bajo presión ellos comienzan a apreciar su vida regenerada, porque esa nueva vida que Dios les dio los capacita para vencer en todas las situaciones. Todas esas presiones exteriores pueden probar la realidad de la vida regenerada y de su poder. El Señor nos pone a propósito en situaciones adversas a fin de recordarnos que sin Su vida no podemos soportar. El poder de Su vida es manifestado a través de la presión exterior.

Si, por ejemplo, su corazón está siendo traspasado por algo que lo lleva a llorar en secreto, y usted reconoce que está totalmente desamparado y sin ningún alivio, usted ganará la victoria completa si en aquel momento, se lanza en Dios. Usted quedará maravillado con la grandeza del poder que le da la victoria. Esa presión exterior lo lleva a confiar en Dios espontáneamente, capacitándolo, a su vez, para manifestar la realidad y el poder de la vida del Señor. Naturalmente, los que no creen en el Señor y no poseen la vida regenerada serán aplas-

tados bajo la fuerte presión de tales circunstancias agonizantes. Un cristiano, sin embargo, es regenerado, y tiene una vida dentro de sí que es más fuerte que cualquier presión exterior. Cuando es oprimido, entonces él vence, puesto que la presión de las circunstancias simplemente comprueba la vida regenerada dentro de él.

Leí una vez un panfleto titulado «Sea una máquina de gas». En él se contaba la historia de cierta persona. En la ciudad norteamericana de Pittsburgh, toda la comunidad en aquella época usaba lámparas de gas. El propietario de la compañía de gas era cristiano. En cierta época, él comenzó a enfrentar muchas situaciones adversas. Sus clientes lo acusaban frecuentemente de cosas que no tenían ninguna relación con él. Personas que negociaban con él se le oponían y rehusaban darle la debida honra. Entonces, él oró a Dios pidiéndole que le concediese poder para vencer todas aquellas dificultades. Pero después de orar así, su situación sólo empeoró.

Un día, un empleado vino a decirle que todas las máquinas en la fábrica habían dejado de funcionar. Como nadie sabía ni lograba descubrir dónde estaba el problema, el propietario mismo tuvo que ir a inspeccionar la situación. Entonces él descubrió que la maquinaria estaba toda intacta, excepto una pequeña válvula en una caldera, que estaba quebrada. Al no haber presión, todo el vapor producido no podía ser utilizado, y por eso ninguna de las máquinas funcionaba. En ese momento, él oyó una voz suave y mansa que le decía: «Usted debería ser una máquina de gas». Posteriormente, él testificó que esta maquinaria de gas le habló a él de la misma forma que la mula de Balaam en el pasado. ¡Gracias a Dios! Él no debería resistir la presión en su vida y debería ser, al contrario, una máquina de gas. Debemos ver que el poder de la vida de una persona no puede exceder a la presión que ella recibe. Había un hermano entre nosotros que rehusó a ofrecer culto a los dioses lares en su casamiento. Su tío había conseguido anteriormente un empleo para él en el banco, pero, debido a este rechazo suyo no le dieron aquella posición. Todos lamentamos por él, pero este incidente obviamente mostró cuánto poder había en él. Porque si yo puedo quedar de pie después de ser empujado, eso muestra cuánto poder tengo dentro de mí. Un empujón exterior sólo manifiesta la fuerza interior. El poder manifestado desde adentro es tan grande cuanto lo es la presión desde afuera.

La Biblia no nos habla sólo del hecho de la resurrección, sino también nos revela del principio de la resurrección. El Señor Jesucristo fue resucitado de entre los muertos. Eso es un hecho. Pero muchas enseñanzas concernientes a la resurrección, tales como conocer su poder, pertenecen al principio de la resurrección. De modo que la resurrección no es sólo un hecho; ella es también un principio que debe ser probado en nuestra vida. El principio de la resurrección está basado en el hecho de la resurrección. Cierta Hombrecita que estaba viva físicamente un día fue crucificada. Naturalmente, Él murió y fue sepultado. Pero resucitó de entre los muertos. La esclavitud de la muerte no tenía poder sobre Él, porque había en Él un poder mayor que el de la muerte. Y, aunque ese poder pasó por la muerte, estaba vivo, pues no podía ser tocado por la muerte. Por eso, el principio de la resurrección es vida que sale de la muerte.

Supongamos que un hermano sea naturalmente paciente, gentil y amoroso. Esas no son sino partes de su bondad natural que no podrían ser resucitadas. Pero Dios permite que sus amigos, parientes y colegas lo presionen, afligiéndolo e hiriéndolo a tal punto que él no puede soportar más, llegando a perder la calma. En aquel momento, él reconoce que todo lo que viene de lo natural no puede pasar por la muerte (que es la mayor prueba) y permanecer vivo. Y si, en aquel momento, él levanta la cabeza y ora: «Oh Dios, mi paciencia llegó a su fin; permite que tu paciencia se manifieste en mí», entonces, para su gran sorpresa, él se descubrirá actuando con paciencia bajo todos los tipos de muerte. Ahora, eso es resurrección, pues la resurrección es la vida de Dios que pasa por la muerte y aún existe.

Cualquier cosa que sea natural no puede ser resucitada después de pasar por la muerte. Pero todo lo que pertenece a Dios vivirá después de pasar por la muerte. Muchos no saben lo que pertenece al «yo» y lo que pertenece a Dios, lo que pertenece a lo natural y lo que pertenece a Cristo, lo que es viejo y lo que es nuevo, lo que es natural y lo que es sobrenatural. En consecuencia, Dios permite que la muerte venga sobre ellos a fin de conocer lo que puede pasar por la muerte y lo que no puede. Y así, ellos conocerán la resurrección. ¿Por qué Dios permite que la presión venga sobre usted? Por ninguna otra razón sino la de revelarles que cualquier cosa que usted considere capaz de realizar, de soportar y de resistirla debe ser reducida a la nada. Usted es presionado de tal forma que sólo puede decir: «Oh, Dios, no puedo más. Mi fuerza se agotó. Por favor, manifiesta tu poder». Dios va a permitir

que usted sea presionado hasta que obtenga el poder de Él. En aquel punto, la presión se convierte no sólo en su poder de oración, sino que ella extrae, también, el poder operador de Dios.

Así sucedió con el Señor Jesucristo: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo», observó el Señor Jesús, «Pero si muere, lleva mucho fruto» (Juan 12:24). Mi oración es que usted y yo podamos conocer a Cristo y su poder de resurrección más profundamente, día a día. Esta fue la meta de Pablo en toda su vida: «No que lo haya alcanzado ya», declaró el apóstol, «Ni que ya sea perfecto; sino que prosigo (...) a fin de conocerle (experimentarlo), y el poder de su resurrección (no sólo la resurrección de Cristo)» (Fil. 3:12,10). Él también declaró esto: «Que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos» (2ª Cor. 4:8-10). Esto se refiere a las circunstancias de Pablo y a la vida dentro de él. Él tenía muchas presiones exteriormente, pero tenía también gran poder dentro de sí. Las presiones externas sólo manifestaban su poder interior.

El ambiente donde cada uno de nosotros está es preparado por Dios. Por favor, recuerde que usted está donde está por Su disposición, sea en el hogar, en la escuela o en el trabajo. Sean cuales fueren las circunstancias en que usted se encuentre, sean suaves o ásperas, Dios quiere que usted manifieste la vida de resurrección de Cristo. El crecimiento de un cristiano depende de la manera como él lidia con el ambiente donde está. Todas las cosas que nos presionan mucho tienen como propósito entrenarnos para que conozcamos el poder de la resurrección.

¿Quién es más poderoso? Aquel que ofrece más oraciones será, sin duda, el más poderoso. ¿Pero qué significa que alguien diga que la vida más profunda posee mayor poder? Significa nada más que esto: La persona que tiene más presión tiene más habilidad para tratar con ella. De modo que la profundidad de la vida de un creyente puede ser medida por la manera cómo él trata con la presión. Lamentablemente, al cristiano, con mucha frecuencia, le gusta preservar su poder natural. Él no quiere morir, como Pedro no quería que el Señor muriese. Sin embargo, si el Señor no hubiese muerto, hoy no habría resurrección. Muchos cristianos consideran que es una vida buena, aquella que tiene pocas dificultades y angustias. Siempre que se encuentran

con alguna cosa dolorosa, ellos piden a Dios que la quite. Podemos decir que ellos están viviendo, pero esa vida no puede ser llamada de resurrección.

Supongamos que, en su capacidad natural, usted puede soportar la crítica de diez personas, pero no más; entonces, pide a Dios que no permita que usted sea tentado más allá de eso. Pero Dios permite que la presión de once personas venga sobre usted. En tal situación, usted, finalmente, clama a Él, pues eso está más allá de su capacidad. Permítame decirle que Dios dejará que usted sea presionado más allá de lo que su propio poder y paciencia y bondad natural puedan soportar. El resultado será que usted le dirá que no puede soportar más y le pedirá el poder para vencer. En aquel momento, usted experimentará un poder nuevo y mayor, que puede soportar la crítica, no sólo de diez, sino hasta de veinte personas. Usted llegó así a reconocer y experimentar que, cuanto mayor es la presión, mayor es su poder; y que, siempre que esté sin poder, es porque usted no fue puesto bajo la disciplina de la presión.

Entonces, si esto es así, ¿Por qué muchos demoran en buscar a Dios hasta que la presión se hace grande? Antes, debemos buscarle tan luego sintamos nuestra incapacidad, e inmediatamente recibiremos el poder necesario. Por eso, siempre que nos encontramos con nueva presión, debemos utilizarla para transformarla en poder. Nuestro poder crecerá con cada encuentro de esos. Dios nunca preserva la capacidad natural; Él quiere sólo lo que procede de la resurrección. Él nunca cambia lo natural, puesto que Él es Dios «Que da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen» (Romanos 4:17). Llamar algo de la nada es el poder que Dios tiene de crear; dar vida a lo que está muerto es el poder redentor de Dios. Abraham creyó en Dios como Aquel que crea todas las cosas de la nada y da vida a los muertos. El hombre quisiera proteger su vida, pero Dios rechaza esa vida. Y después que el hombre es quebrado por Dios y le confiesa que está absolutamente desamparado, él será resucitado de los muertos. Este es el secreto de la vida y el poder.

Cuando se encuentre con muchas presiones, usted debe recordar que presión es poder y, por lo tanto, no deben ser evitadas, sino acogidas. Pues cuanto mayor sea la presión sobre usted, mayor será su poder. Usted vencerá todo y obtendrá una fuerza aún mayor.

La presión de la obra

Gran parte de la obra de Dios debe pasar por la presión antes que pueda haber buenos resultados. (Los que sirven a Dios deben prestar bastante atención en este punto). Lamentablemente, pocos obreros tienen esta experiencia o parecen dispuestos a experimentarla. El que es fiel, sin embargo, no sólo tiene tal experiencia, sino que tendrá bastantes más. Si usted nunca experimentó eso, lo ha de experimentar en el futuro. Dios va a hacer que el trabajo que usted está haciendo pase por la muerte. Eso no ocurre porque Dios tenga placer en la muerte; por el contrario, Él lleva la obra a la muerte a fin de alcanzar la resurrección.

Al comienzo de su obra, muchos obreros de Dios notan que innumerables personas están siendo salvadas por medio de sus esfuerzos, y su obra parece estar prosperando y siendo bendecida. Sin embargo, extrañamente, tal situación no dura mucho tiempo. Después de algún tiempo, la obra comienza a fracasar. Los que antes fueron salvos no están haciendo ningún progreso. Más tarde, no sólo la obra parece haberse detenido, sino que los propios obreros se sienten fríos y muertos. Cuando se descubren en esa situación difícil, con seguridad desean hacer algo, pero no pueden porque parecen haber perdido el poder. Quedan realmente intrigados. Pueden hasta comenzar a imaginar que cometieron algún pecado grave. A esa altura, están realmente temerosos y no saben qué hacer. Pueden entender que no hay ya ninguna esperanza, pues parece que Dios no quiere bendecir ningún aspecto de su obra. Pero es precisamente en ese momento que la luz de Dios vendrá para sondear el corazón de ellos y, entonces sabrán si desde el comienzo estuvieron trabajando para Dios o para ellos mismos, si estuvieron compitiendo con las personas o sirviendo con sinceridad para la gloria de Dios. Ellos descubrirán para quién estuvo realmente trabajando. Pues cuando la obra está prosperando y teniendo éxito, los creyentes tienden a sentir que todo cuanto estuvieron haciendo fue para Dios. Solamente cuando la obra de alguien está bajo presión él podrá discernir si su obra ha sido para Dios o si se ha mezclado él con la obra.

Usted, que ha tenido alguna experiencia como la aquí descrita, sabe cuán dolorosa es. Durante ese tiempo, usted se siente sobrecargado y muerto y está siendo presionado a tal punto que no puede hacer otra cosa excepto preguntar a Dios: «Oh Dios, ¿por qué esto es así?»

¿Por qué nadie está siendo salvo? ¿Por qué los creyentes están tan muertos?». Usted también se siente presionado a preguntar a Dios: «¿Qué debo hacer? ¿Dónde debo ir de aquí en adelante?». Usted percibió que su antiguo poder no es suficiente para enfrentar la presente situación, y que su experiencia pasada es inadecuada para suplir la exigencia actual. Tal vez en este momento Dios le muestre que, cuando la obra estaba prosperando, usted concibió pensamientos de auto-satisfacción, abrigó orgullo espiritual, fue celoso por su propia gloria, ansiando sobrepasar a otras personas en la obra. Resumiendo, usted descubre que muchas cosas no fueron hechas para Dios, sino para los hombres, y consecuentemente, su obra necesitaba pasar por la muerte. Ahora usted reconoce cuán útil fue para su obra haber sufrido esa presión.

El propio Moisés necesitó aprender lo que significaba la circuncisión antes de poder trabajar para Dios. En cierta ocasión, Dios quiso matarlo, porque él aún no era «Un esposo de sangre», por haber fallado en circuncidar a su hijo de su esposa Séfora, la cual, aparentemente, se había opuesto a la práctica sanguinaria (la cual, sin embargo, ahora, lo hizo, cuando vio la vida de su marido en peligro, Éx. 4:24-26). Dios no iba a permitir que la carne se mezclase con su obra, para la cual Él estaba llamando a Moisés. Dios va a permitir que usted sea presionado hasta el punto en que no le importará si la obra muere, que nadie sea salvo y todos los hermanos se dispersen. Eso porque la obra – en verdad, todo – pertenece a Dios y no más a usted. En aquel momento, usted dirá a Dios que, en tanto Él glorifique su propio Nombre, para usted no hay diferencia si Él destruye la obra y también todo lo demás. Así usted pasa por la muerte, que es el principio de primordial importancia en los tratos de Dios con sus obreros. Y, de ahí en adelante, Dios pondrá la carga de la obra nuevamente sobre usted.

¡Cuán diferente será eso de lo que era antes! Antes, la obra era suya y usted la realizaba por intereses propios. Pero ahora es de Dios, y no importa si sus intereses están siendo servidos o no. La obra pertenece a Dios. Él debe tener todo. No es más usted. De modo que, en esta nueva situación, usted pide a Dios que le dé poder a fin de realizar Su obra bajo tales circunstancias tenebrosas y secas. Usted reconoce haber estado bajo presión por algún tiempo y, por eso, pide a Dios que reavive Su obra. ¡Dentro de poco tiempo habrá nuevos cambios! La situación próspera retornará, y usted verá, claramente, que eso no

es algo hecho por usted, sino solamente por el propio Dios por intermedio de usted. El resultado es que la presión que usted soportó le dio nuevo poder para trabajar. Antes era usted quien trabajaba, pero ahora es Dios trabajando, pues Él llevó Su obra a resurrección a través de la muerte. De ahí en adelante, nadie puede impedir Su obra. Cuán lamentable es que muchos de los obreros de Dios rehúsen ponerse en sus manos. Entendamos que, si alguien es fiel y obediente, él no será aliviado de la presión excesivamente grande y no tendrá ni siquiera un día confortable. Cierta vez, alguien preguntó a un hermano en el Señor cómo él pasaba sus días en Shangai – cuán confortables eran, y si él tenía pruebas. El hermano, sonriendo, contestó: «¿Existe alguien verdaderamente usado por el Señor que no tenga pruebas y que pueda pasar todos sus días confortablemente?».

Nuestro poder no puede exceder a la presión que recibimos. Cuanto mayor es la presión que Dios mide para nosotros, mayor el poder que crecerá dentro de nosotros. Dios trabaja por medio del proceso de muerte. Sin pasar por la muerte, nadie puede hacer nada. Lo que yo más temo es que muchos no utilicen la presión que les es dada. Ellos serán más como el vapor en una tienda de agua caliente, que es desperdiciado, en vez de ser utilizado para mover un vehículo. En los últimos dos años, he sentido profundamente que la presión es el auxilio para el poder. Si usted tiene tal experiencia, concordará que todo su poder sólo puede venir de la presión; que el poder que usted tiene en su contacto con las personas procede de la presión. Un día, cuando estemos delante de Dios, reconoceremos plenamente la presión que el Señor Jesucristo sufrió en Sus días en la tierra, qué presión soportaron los apóstoles en sus días y qué presión soportaron todos los que fueron grandemente usados por Dios.

La presión del enemigo

Hoy en día muchos creyentes desconocen la presión satánica. Sin embargo, el enemigo puede traer muchos males al ambiente donde estamos, como también a nuestra vida. Los cristianos generalmente no entienden por qué existen tantos pensamientos desconcertantes en su mente y tantas perturbaciones a su alrededor. En verdad, algunas de ellas son permitidas por Dios, mientras que otras son las obras de opresión del enemigo.

Había un hermano que habitualmente tenía pensamientos vagos y no lograba concentrarse. La situación se tornó tan seria que él llegó incluso a ser tentado a cortarse la garganta. Cuando él compartió eso conmigo, yo le pregunté si tal pensamiento había venido de él mismo, si había sido dado por Dios o si había sido inyectado en su mente por el enemigo. Obviamente, no podía haber venido de Dios. Así, la causa de tal pensamiento se redujo a dos posibles fuentes: Si no venía de él mismo, tenía que ser del enemigo. Pregunté, entonces, al hermano cómo él distinguiría sus pensamientos de los pensamientos del enemigo. Yo le expliqué que si la idea de cortarse la garganta se hubiese originado en su propia mente, él debería haber pensado en el asunto antes. Por eso, le pregunté de manera muy franca si él ya había pensado en ese asunto, o si alguien más lo había desarrollado y luego lo había inyectado en su mente. Aquel hermano me dijo que nunca había pensado en tales cosas. Entonces yo le dije que aquellos pensamientos debían haberle sido dados por Satanás. Este es un principio importante a ser considerado: ¿Tiene usted mismo esos pensamientos o alguien más ha pensado esas ideas por usted antes de ser inyectadas en su mente? Déjeme asegurarle que sólo aquello que usted mismo piensa es suyo; de otro modo, viene del enemigo. No necesitamos ser corteses con nuestro enemigo. La primera persona en el mundo que fue amable con el enemigo fue Eva, que, como consecuencia, introdujo el pecado en el mundo. Algunos cristianos frecuentemente intentan argumentar con el enemigo. Cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, ¿Qué hizo cuando el enemigo dio testimonio que Él era el Hijo del Altísimo? Él le prohibió hablar. Los creyentes comunes pueden no considerar serio dejar que el enemigo inyecte uno o dos pensamientos en su mente. Sin embargo, ¡cuán trágicas pueden ser las consecuencias si sus pensamientos son, poco a poco, completamente controlados por el enemigo! Su cerebro puede convertirse en la máquina de pensamientos de Satanás, el cual, de allí en adelante, lo usará continuamente. ¡Cuán triste es que algunos cristianos no sepan cómo controlar sus propios pensamientos! Sólo cuando comenzamos a aprender a controlar nuestros propios pensamientos es que reconocemos cuán difícil es esa tarea.

Con respecto a las enfermedades, reconocemos que muchas enfermedades son la violación de las leyes naturales. Pero es claro que hay otras enfermedades que vienen como presiones del enemigo. Quiero resaltar que no estoy afirmando que todas las enfermedades vienen de Satanás; digo solamente que algunas provienen de él. Las

llagas que Job tuvo, por ejemplo, fueron dadas por el enemigo y no fueron causadas por un descuido de la higiene. Tratándose de acontecimientos circunstanciales en nuestra vida, algunos los consideran como si fuesen meras ocurrencias naturales. Pero necesitamos preguntar: La caída de la casa que causó la muerte de los hijos de Job ¿Fue simplemente un fenómeno natural? El robo repentino de su ganado y la quema de su rebaño, con fuego del cielo, ¿Fueron solamente accidentales? Todos sabemos, por el registro de Dios, que esos acontecimientos tuvieron origen en el enemigo. Necesitamos entender que en nuestra vida puede haber un gran número de cosas que indican la presión del enemigo. Lamentablemente, muchos creyentes no están conscientes de esa realidad y dejan que ellas pasen sin tratarlas.

Unos hermanos estaban distribuyendo folletos de evangelización en un tren. Encontraron allí un cristiano cuyo rostro estaba demudado. Cuando le preguntaron la razón de eso, él respondió que era un hombre de negocios y que, en los primeros años, había sufrido repentinamente infortunio tras infortunio, tanto en la familia como en los negocios. Él llegó a sentirse tan miserable que, al no ver otra salida, decidió cometer suicidio. En realidad, él había tomado aquel tren con la intención de quitarse la vida en cierto lugar más adelante. Aquellos hermanos inmediatamente reconocieron eso como una obra del enemigo. Le preguntaron si él realmente hallaba que tales infortunios habían sido accidentales o que habían sido tramados por alguien en secreto. Después de pensar un poco, él admitió que parecía que alguien, tras bastidores, estuviera preparando esas cosas – casi como si una mano estuviese allí conspirando, por decir así, cada movimiento sobre el tablero de ajedrez. Mis amigos le dijeron francamente que aquello era obra del enemigo y le aconsejaron resistirlo. Entonces, oraron con él allí mismo en el tren sobre el asunto.

El hermano volvió inmediatamente a su casa y, después de algún tiempo escribió, explicando cómo, después de volver a casa él comenzó a resistir al enemigo día a día, cómo rehusó aceptar cualquier cosa que viniese de él, y cómo su situación actual estaba mejorando gradualmente. Él dio gracias a Dios por haber sido libertado, aunque admitía que aún no había sido totalmente recuperado. Lo que deseo enfatizar es la falla del hombre en resistir las tácticas de opresión del enemigo. En el principio, puede ser que Satanás le dé a usted uno o dos pensamientos, pero al final él corromperá, si puede, todo su ser, como también su familia y el ambiente donde está. Eso es porque us-

ted está siendo oprimido, pero no le resiste. Eso es un error fatal. Usted debe usar la presión para producir el poder de su resistencia. Cuando usted soporta más allá de su medida, usted necesita resistir al enemigo. En aquel instante, usted encontrará el escape. Frecuentemente, no tenemos poder para resistir a Satanás, pero, cuando somos presionados más allá de toda medida, descubrimos un poder brotando dentro de nosotros y capacitándonos para resistirle. Por eso, siempre que estemos siendo presionados por el enemigo, no pensemos que tal presión es inútil; por el contrario, debemos utilizar esa presión porque ella suscita poder.

Tengamos en mente esto: Si sabemos cómo utilizar la presión, ella no permanecerá en nuestro camino. Verdaderamente, cuanto más pesada la presión, mayor el poder de resistencia. Que el Señor nos capacite para resistir al enemigo.

Watchman Nee

Otras Publicaciones:

El camino de la cruz

Una vida de sencillez – parte 1

Una vida de sencillez – parte 2

La paz de Dios

Los bocados de la mesa del rey – Tomo I

Los bocados de la mesa del rey – Tomo II

La Biblia es la palabra de Dios

La cena del Señor

El yugo desigual

El testimonio de Watchman Nee

El testimonio de Bakht Singh

EDICIONES TESOROS CRISTIANOS

Recursos cristianos para la edificación del cuerpo de Cristo

Contacto en Venezuela: E-mail tesoros cristianosv@hotmail.com

Teléfonos: 0412-4942934 / 04128843307

Contacto en Colombia: E-mail tesoros cristianos@gmail.com

Teléfonos: 571-7100312 / - 312 8879886

www.tesoroscristianos.net